

SUMARIO

Recuerdos de Alemania, por Carlos Requena Martínez, capitán de ingenieros.—Ataque de posiciones atrincheradas, por V. Sheltycheff.—Equipo del soldado japonés.—Alimentación de las tropas alemanas durante las maniobras.—Carro de Compañía para el transporte de cartuchos.—Los sacos terreros.

BIBLIOTECA

Pliegos 31 y 32 de **El tiro colectivo**, por A. Collon, comandante de Artillería belga.
Pliego 22 de **Geografía é Historia de Menorca**, por D. Lorenzo Lafuente Vanrell, primer teniente de Infantería.
Pliego 3 de **Memoria sobre el Curso especial de tiro de infantería**, por D. Enrique Crespo Cordone, primer teniente de infantería.

RECUERDOS DE ALEMANIA

Costumbres de los oficiales ()*

Acabaré las costumbres de los oficiales tratando de describir una humorada muy usada en los banquetes de despedida de algún oficial soltero, broma de que también yo fui objeto en el banquete de la última noche. Quiero con esto referirme á la *ceremonia del entierro*, que tiene ordinariamente lugar después de terminado el acto oficial del banquete y cuando empieza ya á irse desbordando la alegría y buen humor de la gente joven.

Para la ceremonia del entierro se forma una comitiva muy graciosa. Rompe la marcha la música del batallón, formada de á dos y tocando las marchas más tristes y desentonadas de su repertorio lúgubre. Después sigue el *cadaver* del oficial que, por su traslado y ausencia, puede considerarse como muerto para el batallón, y que es transportado encima de una tabla por otros dos oficiales con mandiles y gorros de cocineros. Inmediatamente siguen los *sacerdotes*, oficiales también, que se ponen en la cabeza los cubos de refrigerar el champagne. Sigue después el resto de la comitiva, formada por gran número de oficiales con correaje y sables desenvainados.

Cuando la música deja de tocar la marcha, el coro de oficiales prorrumpe en gritos y ayes de dolor, lamentándose de la irreparable pérdi-

(*) Véase el artículo que con igual epígrafe escribió este oficial en el n.º 19 (10 de Octubre de 1907) de la Revista.—N. de la R.

da del oficial que se va á enterrar. El *cadaver* es paseado por todos los locales del casino, con tanta formalidad como gracia, hasta que al fin es dejado otra vez en el comedor, en donde tiene lugar un desfile militar por delante del féretro, tocando al mismo tiempo la música el himno de parada y saludando los oficiales con el sable al pasar por delante del muerto figurado.

*
* *

No recuerdo si anteriormente se habló de la famosa «torre del Mose-la»; de todos modos convendría decir dos palabras sobre la misma, antes de dar fin á este punto.

Junto á uno de los límites del precioso cuartel de Falckenstein hay un puente antiguo de fábrica, sobre el río Mosela, de estilo medioeval, y que se utiliza en la actualidad para el paso de los ferrocarriles de la línea de Trier.

De las cuatro torres aspilleras del puente, una está endosada precisamente dentro del recinto del cuartel, y pertenece desde tiempo inmemorial á las tropas de ingenieros que se alojan en el mismo. Sabido es que á los alemanes les agrada mucho elegir los sótanos, cuevas, etc., y en general los locales abovedados, para beber cerveza, y no hay que decir que para este objeto fué destinada desde un principio la famosa torre.

El mobiliario es de lo más extravagante que se puede tener idea: chimenea y enseres antiquísimos, pinturas modernistas, ruedas de cureña para arañas de luces, mesas con fieltro verde, etc., etc. No faltando tampoco su pequeña tribuna para la música y un mostrador para escanciar las bebidas.

Los oficiales se dirigen en casi todos los banquetes desde la mesa del comedor del casino, á la torre, en animada comitiva, con la música á la cabeza, tocando las marchas más alegres. Los oficiales, cogidos del brazo de tres ó cuatro, bajan detrás de la música, cantando las letras ó estribillos de las marchas de la música.

En la torre se está bebiendo y cantando por espacio de una ó dos horas, y luego vuelve á subir, en igual forma, la comitiva al comedor del casino, donde continúan los oficiales sus interrumpidas fiestas.

En el banquete de mi despedida hubo, como es natural, brindis muy cariñosos y efusivos. El teniente coronel hizo un resumen de todos los incidentes ocurridos durante mi comisión, hablando al mismo tiempo sobre mi comportamiento, tanto en el trato particular como en los actos de servicio. Al final del discurso entró un ordenanza, trayendo en una bandeja de plata un vaso de plata con baño interior de oro y un sobre conteniendo el retrato del teniente coronel del batallón. Tanto el vaso como la fotografía traían sentidas y cariñosas dedicatorias, y me fueron entregadas, según costumbre, como recuerdos de mi comisión en el batallón.

El vasito de regalo fué colocado en el sitio del señor teniente coronel, y á mi me colocaron delante un gran jarro de plata repujada en donde estaban grabados los nombres de todos los oficiales alemanes de ingenieros que habían pertenecido al batallón. Constituía este jarro una especie de reliquia, pues en él habían bebido los que en la actualidad ocupan los puestos más elevados de aquel ejército. La costumbre de inscribir en aquel vaso los nombres de los oficiales, no se extendía á los comisionados ni mucho menos á los extranjeros, que ha habido en diferentes ocasiones, sino que era precisa condición haber sido oficial alemán de ingenieros, que hubiera servido de plantilla en el batallón; por esta razón, no me explico cómo fui yo incluido entre los agraciados y mi nombre grabado en el citado jarro, á no ser que, por haber sido tan larga mi comisión, me hayan considerado como perteneciente al batallón; pues, repito, que soy el primer oficial que figura en el jarro, y aún para los mismos alemanes es éste un honor nada común.

La costumbre es llenar de champagne el vaso de plata que se regala y el jarro que hemos descripto anteriormente, en los que beben, en el momento del brindis, el teniente coronel y el referido oficial, respectivamente. Cuando son llenados estos vasos por segunda vez, se cambian, quedándose el teniente coronel con el grande y el oficial con el pequeño, que pasa á ser de su particular propiedad.

*
**

Es de rigor también que todo oficial que haya estado comisionado en el batallón, deje un recuerdo al Casino. La mayor parte de los muebles, aparatos de alumbrado, cuadros, armas, etc., que hay en el Casino indican otros tantos presentes de los oficiales que han pasado por el mismo. En el comedor se veían dos hermosas azucareras de plata, regalo de unos oficiales ingleses, que estuvieron agregados al batallón durante unas maniobras de puentes.

Como es natural yo también tuve que hacer mi regalito, que agradó mucho, á juzgar por las manifestaciones de alegría y agradecimiento de los oficiales ante la vista del presente. Se trataba de un precioso reloj de despacho, con cuerda para 400 días y péndulo giratorio, encerrada la maquinaria en preciosa caja de bronce y cristal biselado. Al pie del reloj se distinguía una planchita de cobre con una expresiva y sencilla dedicatoria, labrada en negro. Me queda la satisfacción de la famosa acogida que dispensaron á este recuerdo mío en un sitio donde hube pasado horas tan felices en compañía de tan distinguida y cariñosa sociedad de oficiales de ingenieros.

*
**

Estas costumbres que á grandes rasgos hemos descripto y muchísimo más que hemos omitido, parte de intento por no molestar al lector,

parte por no haberlas presenciado durante la corta estancia nuestra en aquel país, todas estas costumbres, repito, las encuentro muy naturales y lógicas, dado el género de vida de aquella oficialidad. Si nuestros oficiales se dedicaran á la instrucción con la intensidad requerida, estarían mucho tiempo juntos y apenas si les quedaría tiempo de ir á comer en el ligero descanso del mediodía, por lo cual tendrían que reunirse los oficiales y tratar de comer juntos en el mismo cuartel. Entonces nacerían, como por encanto, los casinos de oficiales en nuestros cuarteles, y tengo la sospecha de que se desarrollarían en los mismos escenas muy análogas á las que describimos en los párrafos anteriores. Para ello sólo hace falta encauzar hacia la instrucción la vida cuartelera de nuestros oficiales, y tratar de suprimir la perniciosa costumbre de los llamados «francos de servicio»; ni en el ejército alemán ni creo que en ninguno del mundo, existen oficiales sin trabajar, fuera de los casos de licencias. En la misma España basta dirigir la vista á las casas y empresas particulares y á casi todas las oficiales, para ver que no hay empleados de «semana» ni de imaginaria, sino que todos tienen que acudir al trabajo *todos los días*. Aún en el mismo ejército y en centros tan oficiales como el de Estado Mayor Central, el Ministerio de la Guerra etc., el trabajo es *diario* y no existen los célebres oficiales «francos de servicio». Evidente es que mucha menos razón hay para que no tengan un trabajo diario y constante los oficiales de los regimientos, donde la labor y responsabilidades deben ser inmensas.

*
* *

Yo no he de decir que en sólo nueve meses de prácticas en un ejército extranjero se llegue á echar en olvido los hábitos y prácticas del propio, ni que en todo momento se encuentre mejor lo extraño; mas sí creo que, á fuerza de estar viviendo con personas de otra raza y respirando un ambiente completamente distinto, se llega uno á amoldar de tal modo al nuevo género de vida, que no dejan de extrañar algunas cosas que se observan en la patria, en los primeros días del regreso. A pesar de lo expuesto, no es de temer que pueda yo ser tan ingenuo que me atreviese á presentar clara y distintamente el estado de nuestro ejército, ó á sentar comparaciones con el del Imperio alemán. Tan no es éste mi propósito, que si yo dijese aquí que me llamó agradablemente la atención la manera de saludar de nuestros soldados, cabos y sargentos, no es mi intención decir que nuestra tropa saluda mejor que la del extranjero, sino únicamente apuntar el buen efecto que causa al entrar en España, ver la marcialidad de este saludo, en el que el individuo *se para, se cuadra*, saluda y vuelve á continuar con decisión su interrumpida marcha. Sirva, pues, esta observación para todo lo escrito, y procúrese no tomar demasiado en consideración lo que solamente son apreciaciones puramente persona-

les, á las que el lector puede conceder la importancia que su buen criterio le aconseje.

Voy á atreverme, con estas salvedades, á abordar la cuestión de lo que solemos llamar «espíritu de cuerpo». No disertaré sobre si este desmesurado amor al arma ó cuerpo es ó no conveniente, ni razonaré si esa separación casi feudal entre organismos del mismo ejército es ó no propia de los tiempos de progreso en que vivimos; lo único que haré constar es que esta separación y aislamiento llama mucho la atención viniendo del ejército alemán.

En Alemania la unión de todos los oficiales entre si es grandísima y se extiende no sólo á los oficiales de un mismo batallón ó regimiento, sino entre todos los que visten el digno uniforme de oficial. A este compañerismo contribuye no poco la circunstancia de vestir el mismo uniforme todos los oficiales del ejército, con pequeñas diferencias, para designar los distintos cuerpos, tales como ser de terciopelo rojo el cuello de la guerra en los cuerpos facultativos, el cuello rojo de grana en el arma de infantería, la franja en los pantalones de los jefes y oficiales del cuerpo de Estado Mayor, etc., etc.

Por mucho que aquí quisiéramos esforzarnos, nunca podríamos dar una idea completa del compañerismo que reina en Alemania entre los oficiales de todas las armas. Como hemos dicho en otra ocasión, basta que un oficial cualquiera entre en un café, cervecería, restaurant, etc., y vea una mesa ocupada por otros compañeros (aunque sean de distinta arma ó regimiento), para que no dude en dirigirse á compartir con los mismos. Este trato de los oficiales entre sí, es tan exagerado en Alemania, que casi se llega á excluir al elemento civil, viniendo así á formar los oficiales todos del ejército como una *familia ó raza* especial, completamente separada de las demás clases sociales. Este *espíritu de raza* es tan amplio, que llega á tener un carácter internacional, extendiéndose á todos los oficiales de los ejércitos extranjeros. Es imposible que exista más unidad, no puede pedirse más compañerismo; allí no hay en absoluto diferencias entre los distintos cuerpos y armas; todos se consideran igualmente necesarios, y contribuyen con su especialidad al fin común del ejército.

Por lo expuesto, se comprende que uno de los fundamentos del ejército alemán y el espíritu de toda su oficialidad es el «compañerismo». Todas las costumbres que hemos descrito son hijas del compañerismo, y como se vé no tienen otro fin que ir afianzando una condición tan preciosa como necesaria.

Tal vez pueda objetarse que la mayor parte de las costumbres son peculiares de la raza alemana y que nunca podrían tomar entre nosotros carta de naturaleza. Sin pararnos á argüir este aserto, anticipamos que no lo admitimos en lo que se refiere á las comisiones de oficiales de unos

cuerpos en otros, medida muy recomendable por los excelentes resultados que está dando en todos los ejércitos extranjeros.

En España empieza ya á irse notando marcada tendencia á hacer desaparecer las pocas diferencias que todavía quedan entre los distintos cuerpos y armas, separaciones que no tienen razón de ser cuando todos los cuerpos y armas, dedicándose con ardor á su cometido, contribuyen de igual modo al fin común del ejército.

*
* *

En la segunda quincena del mes de Diciembre, abandoné Coblenza, después de efectuar todas las despedidas oficiales y particulares, y de expresar á todos mis conocimientos, en nombre de España, mi inmenso agradecimiento por todas las atenciones y facilidades de que fui objeto y que tanto me sirvieron para el desempeño de mi comisión. A despedirme á la estación bajaron todos los oficiales del batallón y no pocos jefes y oficiales de los demás cuerpos de la guarnición, siendo la despedida tan cariñosa que no pude ocultar mi emoción ante tales muestras de cariño. Un detalle que seguramente parecería extraño entre nosotros, fué el que la mayor parte de los oficiales bajaron á la estación con pequeños ramos de violetas, con los que se llenó de flores mi departamento.

CARLOS REQUENA MARTINEZ
Capitán de Ingenieros

ATAQUE DE POSICIONES ATRINCHERADAS

Y ALGUNAS INDICACIONES SOBRE LOS COMBATES DE NOCHE SEGÚN LAS INSTRUCCIONES OFICIALES JAPONESAS DICTADAS DURANTE LA GUERRA DE 1904-1905

(Continuación)

ATAQUE DE INFANTERÍA CONTRA POSICIONES FORTIFICADAS

(Artículo escrito por un oficial japonés perteneciente al ejército de la Manchuria, en Febrero de 1905)

Los notables perfeccionamientos de las armas de fuego, hacen aumentar más cada día la importancia de la fortificación. La defensa se abriga muy bien en los atrincheramientos, pero el atacante, á su vez, debe avanzar al descubierto durante el ataque final.

Por este motivo, en la presente guerra los rusos han puesto todas sus esperanzas en la fortificación, y nosotros nos vemos obligados al ataque de los atrincheramientos.

En este escrito doy á conocer mucho de lo que la experiencia ha enseñado. El Estado Mayor del 2.º ejército ha recogido todo lo que se refie-

re al ataque de posiciones fortificadas, y el gran cuartel general lo ha circulado á los diferentes cuerpos del ejército japonés.

El atacante debe efectuar su principal avance en el intervalo comprendido entre el obscurecer y el amanecer, con objeto de aprovechar la obscuridad de la noche para alcanzar los puntos de apoyo desde los cuales se trasladan á la posición de tiro, porque los movimientos durante el día resultan extraordinariamente difíciles. Pero si el avance de la infantería es inevitable, ya no podrá permanecer con alguna fijeza en dichos puntos de apoyo, y habrá de avanzar resueltamente con la mayor rapidez posible. Estos casos se presentan particularmente en las vastas llanuras de Manchuria cuando el gaolián no cubre los campos, ó sea desde Octubre á Mayo. Por esto es necesario examinar los métodos de avance de la infantería, para elegir el más conveniente.

Así que la artillería haya realizado suficientemente su cometido, la infantería se trasladará á la primera posición de tiro, situada á 2000-1500 metros del enemigo; para esto y con objeto de resguardarse de la acción de la artillería enemiga, adoptará el orden abierto, marchando así á los puntos elegidos.

En terrenos descubiertos, la infantería desplegará en orden abierto al llegar á 4000 metros del adversario. Ello exige imperiosamente el no equivocarse en la dirección que se tome. Con objeto de disminuir los efectos del tiro de la artillería enemiga, las compañías desplegarán dejando intervalos de 200 metros entre ellas. En la guerrilla los hombres distarán tres pasos uno de otro, y de esta manera la explosión de un shrapnel no alcanzará á más de dos pelotones. La tropa aprovechará, para avanzar, las interrupciones del tiro de la artillería enemiga, recorrerá 200 metros á lo sumo y deseguida se echará cuerpo á tierra. Si las circunstancias no permiten recorrer todo este espacio de una vez, el avance se efectuará por saltos de 50 pasos cada uno.

Antes del principal despliegue, las compañías de primera línea enviarán exploradores á vanguardia para reconocer el terreno; no deben ser menos de 8 por compañía; bajo el mando de un jefe de pelotón. Reconocido el frente de una compañía, se dará conocimiento á las demás, para que todas conozcan el terreno y la disposición del enemigo, y se elegirá la primera posición de tiro—punto fundamental de toda la línea,—cuya elección depende de la formación enemiga, de la localidad y de los sectores inmediatos. Los referidos exploradores saldrán del primer pelotón, y de sus informes se partirá para elegir la principal línea de fuego, siguiendo las instrucciones del comandante de la compañía. En caso de necesidad, detrás de los exploradores pueden también ser enviadas las reservas. Para esto, avanzarán hacia el enemigo después de abierto el fuego, por saltos de menos de 50 metros en general, disminuyendo gradualmente la densidad de la formación.

La distancia entre la guerrilla y la reserva será primitivamente de unos 200 metros, pero algunas veces será más ventajoso el alejar más la reserva de la primera línea.

De un modo análogo se marchará hasta llegar á la distancia de tiro elegida. Cuál debe ser esa distancia depende del terreno y de la organización del frente enemigo; en la actualidad, la mejor parece ser la de 700-600 metros. Sin embargo, la experiencia ha demostrado en repetidas ocasiones que á esa distancia no es posible mantener un fuego eficaz contra un adversario abrigado en atrincheramientos. Por esto es menester no aceptar como regla invariable aquella distancia, sino aceptar la que permita desarrollar mejor la acción del fuego. Para elegir con acierto la mencionada posición se requiere una excelente ojeada militar, bravura en el mando y que todos se atengan á las órdenes recibidas.

Se armará la bayoneta al llegar por lo menos á 300 metros del enemigo, dándose la orden oportuna en lugares á cubierto, donde esto sea posible. Pero como la orden puede no ser oída, debe enseñarse á todos los soldados armar la bayoneta sin aguardar la orden al llegar á la referida distancia.

Debe aún tenerse en cuenta lo siguiente:

1.—Para establecer el enlace entre la línea de tiradores y el comandante de la compañía, entre el mismo comandante y los pelotones, entre dicho comandante y el jefe del batallón, y finalmente con el comandante superior de las fuerzas, se organizarán puestos volantes formados por individuos bien instruidos. Estos puestos se situarán de ordinario á 50 metros uno de otro, y entre ellos, con independencia de la extensa línea que formen, se apostarán un sargento y varios voluntarios.

2.—El refuerzo de la guerrilla con fracciones en orden compacto casi nunca es posible. De aquí que sea inevitable la mezcla de las unidades. Para restablecer el orden en las filas se puede proceder del modo siguiente. Si la mezcla ha tenido lugar entre dos pelotones solamente, el orden se restablece con mucha facilidad. Basta que el comandante de la cadena ordene que el pelotón A se corra á la derecha de aquel y el pelotón B á la izquierda. Si se mezclan tres pelotones, el último de los empeñados se correrá á un flanco, de modo que al salir de la línea dicho pelotón no quede aislado. Para ello se establecerán convenientemente hacia los flancos las compañías dentro del batallón. La nueva distribución se efectuará en orden abierto; es muy importante que las compañías se fraccionen con rapidez y exactamente, y que el paso al orden abierto se efectue sin dificultades en caso necesario y en lo posible en lugares cubiertos y designados de antemano. La tropa ha de saber que este despliegue de fuerzas puede ser utilizado para el combate final, sin necesidad de nuevo despliegue.

3.—Se vigilará con atención suma el despliegue, y no se tolerará la

menor falta en la dirección elegida, lo cual ha ocurrido algunas veces en la Manchuria, á causa de las densas nieblas que impedían ver á pocos pasos de distancia.

4.—Si se desea ocupar la linde de un bosque, pueblo, etc., no se desplegará durante la marcha, sino después de haber ocupado la linde.

5.—Las reservas maniobrarán de modo que el comandante pueda empeñarlas en la acción con oportunidad; el ataque de ellas no debe emprenderse con las guerrillas, porque el fuego enemigo alcanzará su máxima intensidad durante el avance de la línea de tiradores.

6.—El aprovechamiento del terreno tiene por principal objeto conseguir la máxima eficacia del fuego y disminuir las pérdidas producidas por el tiro enemigo. A este fin, no conviene romperlo desde lugares que no estén desfilados de las vistas ni de los fuegos; si no se guarda esta precaución no se conseguirá mas que aumentar las pérdidas. Antes del último avance, las tropas se formarán de nuevo, dejando entre ellas los intervalos necesarios.

7.—Los movimientos de las reservas durante el combate resultan muy peligrosos, en orden á la eficacia del fusil actual. Por este motivo es menester obrar con mucha circunspección, y mover las reservas á los puntos adecuados, con las menores pérdidas posibles.

8.—Después de conquistada la posición ó al aprestarse á perseguir al enemigo, es extraordinariamente fácil equivocar la elección de los puntos de apoyo y de reunión de las fracciones, y situar las tropas en lugares que no están á cubierto del fuego del adversario. Suele suceder que se olviden las precauciones, por la embriaguez de la victoria ó por la seguridad de sentirse más fuerte, y que inopinadamente el fuego de la infantería ó de la artillería enemigas inflinja grandes pérdidas.

9.—El municionamiento durante el combate, resulta en extremo difícil en los terrenos casi siempre descubiertos de la Manchuria Oriental. Teniendo esto en cuenta, cada hombre debe llevar consigo 250 cartuchos, como mínimo, antes de que se empeñe el combate, y, además, continuar la distribución de cartuchos de los carruajes del primer escalón.

En los combates muy empeñados ó de larga duración, es necesario algunas veces efectuar más de un municionamiento. Las horas más á propósito para esto son las de la noche; pero también pueden llevar consigo durante el día los cartuchos que necesiten las guerrillas. Para el municionamiento durante el día se aprovecharán los momentos en que las líneas de tiradores se encuentren en lugares cubiertos, tales como hondonadas, pliegues, etc. Tampoco debe olvidarse el recoger todos los cartuchos de los muertos. Cada compañía conviene que disponga de porteadores bravos y vigorosos que podrán llevar á hombros las cajas de municiones; esto podrá efectuarse de día, desde la retaguardia á la guerrilla, en los parajes montañosos de la Manchuria Oriental, pero en las

llanuras descubiertas el municionamiento diurno apenas será posible, á menos de exponerse á sufrir considerables pérdidas.

10.—Ocioso es afirmar que la victoria y la derrota dependen en gran parte de la buena ejecución y dirección del fuego, lo cual se encuentra enteramente en manos de los comandantes de compañía y de sus inmediatos subalternos. Por esto han de tener constantemente fija su atención en dirigir con todo acierto el tiro, y ocuparán los puntos más adecuados, con relación á la guerrilla, para dirigir personalmente el máximo número de fusiles. La elección del objetivo depende de la situación y de los efectos del fuego, del grado de peligro que nos amenace, de la organización de las tropas, de las fracciones inmediatas para obrar de acuerdo con ellas, del objeto que se persiga en la acción, y de la posición y extensión de la línea de tiradores.

En todas las circunstancias, las indicaciones que se den á la guerrilla deben ser sencillas, claras y precisas; únicamente en casos muy contados se procederá á relevar la guerrilla. Ha de sugerirse á los soldados que las pérdidas propias se reducen al mínimo, cuando se rompe un fuego eficaz á corta distancia del adversario. La elección de los puntos de mira es también muy importante. En general se debe apuntar al pie del objetivo, pero en el tiro influye el estado del tiempo, y como no es la misma la distancia del alza que la verdadera, puede ser necesario apuntar á otro punto; en cada caso se debe indicar con claridad el objetivo.

Es menester prestar grande atención á la disciplina del fuego cuando este sea rápido, pero como este punto está previsto en el Reglamento de infantería, no hay necesidad de agregar nada.

Inútil es encarecer la necesidad de observar atentamente los resultados del tiro, pues solamente con esta condición se puede corregir é indicar los objetivos lejanos. Con este objeto, cada comandante de pelotón debe disponer de dos excelentes y experimentados observadores.

En ocasiones habrá que suspender el fuego: por ejemplo, para cambiar de alza ó de objetivo, cuando este se vea mal, ó si el tiro es desordenado. Sin embargo, no se recurrirá á las señales por medio del silbato mas que cuando la guerrilla esté sola ó completamente independiente.

A distancias inferiores á 800 metros se debe emplear el alza única. A mayores distancias conviene batir el terreno situado delante y detrás del enemigo, y para ello se hace fuego con dos alzas que se diferencien entre sí 100 metros. Si la fracción que hace fuego es un pelotón ó una tropa menor, tiene poca utilidad el empleo de dos alzas.

Para dirigir bien el fuego, los comandantes elegirán con cuidado sus puestos; esta elección depende del relieve del terreno, del estado del tiempo y de la situación general, y deben ser tales que los comandantes puedan desde ellos tener sus tropas en la mano y observar los resultados del tiro.

(Concluirá)

V. SHELTYCHEFF

(Traducido del *Insheneny i Shurnal*, por J. A., Teniente Coronel de Ingenieros).

EQUIPO DEL SOLDADO JAPONÉS

En una Revista norteamericana leemos la siguiente descripción del vestuario y equipo del soldado japonés, que resulta interesante por más de un concepto.

El soldado japonés viste pantalones y una polaca corta de color negro azulado, y un capote negro que pesa 2050 gramos. En 1905 algunos regimientos llegaron á la Manchuria con esa indumentaria; pero las prendas de color negro quedaron invisibles bajo una especie de guardapolvo de tela kaki, y solo en circunstancias excepcionales se presentaron algunas fracciones en la línea de fuego llevando al descubierto sus uniformes.

El traje de invierno durante la campaña con Rusia era de mucho abrigo. Cada soldado disponía de los efectos siguientes: una camiseta y una faja abdominal de franela, jersey y calzoncillos de lana, y un cuello de lana de quince centímetros de altura. Sobre la polaca y los pantalones ordinarios se usaban otra polaca y otros pantalones de tela kaki. El uniforme se completaba con un amplio abrigo, sin mangas, de piel de carnero, con la lana hacia adentro. Subsistía el capote reglamentario, y además había otro capote de lana kaki, con cuello de piel, confeccionado especialmente para el servicio de campaña; generalmente se usaba este último, aún en la línea de fuego. El infante y el jinete llevaban el mismo abrigo, que resultó excelente para ser usado á caballo, porque protegía los muslos y rodillas.

El equipo de invierno comprendía además una ancha caperuza, que se sujetaba por medio de dos cintas que caían sobre el pecho. El soldado tenía también dos pares de guantes, uno de punto y otro de fieltro, en forma de mitones. Un gorro de punto podía ser llevado por encima ó por debajo del cubrecabezas. Todas las partes metálicas del vestuario que podían ponerse en contacto con las manos, estaban forradas de tela. El uniforme de invierno resultaba algo pesado, pero reunía muchas ventajas.

Al llegar la primavera se suprimieron la polaca y los pantalones de kaki que se usaban sobre las prendas ordinarias, y se admitió un amplio guardapolvo kaki que llegaba á las rodillas. El uniforme de verano era de kaki y se componía de pantalón y blusa de faena, con los botones invisibles; la blusa tenía cuatro bolsillos, dos á un costado y dos en el pecho, sin vueltas; los pantalones estrechaban en el tobillo, al que se podían sujetar cómodamente por medio de dos cintas de algodón. En verano, la ropa interior consistía en camisa, faja abdominal y un par de calzoncillos.

El calzado del soldado de infantería en campaña es un borceguí alto, que pesa 1.360 gramos, de piel curtida y que se anuda sobre el tobillo. Los ingenieros usan el borceguí alto, pero con una oreja que se abrocha

al lado por medio de una hebilla. Los ginetes y artilleros usan botas de piel curtida. La piel es de mala calidad, muy permeable y se empapa fácilmente de agua, lo que no es grave inconveniente para los japoneses, porque les agrada tener los pies húmedos, y además la campaña de invierno se desarrolló en una región muy seca. La suela va claveteada. El soldado usa calcetines de lana en invierno y de algodón en verano, los cuales carecen de talón y punta. Durante el invierno se ponían dos pares, y también cubrepies de fieltro blando, una especie de mitones que resguardan los dedos del pie y solo llegan hasta el empeine. Las tropas á pie usan botas de paja, que alcanzan á la rodilla, con suela de tela; se llevan sobre el borceguí alto, cuestan algo de ponerse, y las emplean los centinelas principalmente.

El ginete tiene una bota gruesa de fieltro, y la suela de tela cubierta por otra delgada de piel; cada ginete procura envolver sus estribos en tela ó en piel. El soldado á pie usa bandas de tela kaki, de 2.20 metros por 10 centímetros, sobre la pantorrilla. Cada soldado está provisto de un unguento para la conservación de los pies, que consiste principalmente en vaselina alcanforada. Durante la marcha, el soldado japonés avanza á su capricho; si se siente cansado, abandona las filas, y no se apresura luego á forzar el paso; si sus zapatos le duelen, se los quita, y utiliza sus sandalias de paja, que lleva siempre á mano, ó marcha con medias. La natural limpieza del japonés es causa de que sus pies queden muy poco expuestos á la infección por ligeras excoiaciones.

El cubrecabezas del soldado japonés es el mismo para todas las armas: una gorra de tela negra, semirígida, con una visera corta, de tela, y una franja amarilla; la de la Guardia Imperial es roja; verde la del cuerpo de Sanidad; y de hilo crudo la del cuerpo administrativo. En campaña se usa una funda de tela kaki. La visera es demasiado corta. Durante el verano se adopta una cogotera, muy ligera, también de kaki, de tres piezas, que permite la libre circulación del aire. El pelo se lleva cortado casi á rape, y los soldados van afeitados. Solo los reservistas llevan, en general, bigote ó barba. Cada hombre está provisto de unas gafas de redecilla metálica, que protegen del polvo más que del sol. En verano, se distribuyen abanicos.

El reglamento fija la talla mínima para el servicio como sigue: infantería, 5 pies y 2 pulgadas; caballería, 5 pies; administración, 5 pies; artillería, 5 pies y 4 pulgadas; sanidad, 5 pies y 1 pulgada; empleados, 5 pies. Como resultado de la guerra van á ser rebajadas estas tallas.

El soldado japonés ha de soportar una carga muy grande. En relación al peso de su cuerpo, es el soldado que lleva un equipo más pesado en el mundo. El peso mínimo reglamentario es de veinticinco kilogramos, pero esta cifra es mayor durante el invierno; y si además se tiene en cuenta los objetos que el soldado lleva voluntariamente, podremos evaluar en

veintiocho kilogramos el peso de su equipo. Como el promedio del peso de un hombre japonés es de cincuenta y cuatro kilogramos, resulta que el equipo pesa tanto ó más que la mitad del cuerpo.

El equipo consiste en: una mochila de piel; una cantimplora; un cinturón con tres paquetes de municiones. La mochila es de piel de vaca, con el pelo al exterior, de treinta centímetros en cuadro, y montada sobre una tabla delgada. Esta mochila se adapta bien á la espalda, y se mantiene en su sitio por tres tirantes de tres centímetros de anchura, que pasan sobre los hombros, y el tercero se sujeta al cinturón por dos ganchos, lo cual permite utilizar el peso de los paquetes de municiones para disminuir la compresión de los tirantes sobre la región axilar.

En la mochila se lleva: dos días de raciones (6 paquetes de arroz seco); 8 paquetes de galletas; 6 paquetes de cartuchos (30); 1 vendaje triangular; 1 caja para recomponer el fusil; 3 pares de calcetines (uno de algodón y dos de lana); un bolsillo con hilo, aguja y peine; 1 cajita de grasa para el calzado; 1 bote de carne en conserva (puede ser un bote individual ó para tres soldados). Lo que hay dentro de la mochila apenas es nada comparado con los artículos indispensables que van fuera: una marmita individual de aluminio; 1 útil para remover la tierra; 1 «bento,» especie de cestilla de mimbre en que se pone el arroz cocido, y que mide veinticinco centímetros de largo, ocho de ancho y seis de profundidad; 1 tienda abrigo con piquetes y horquillas; 1 saco terrero; 1 par de borcegués de repuesto; 1 capote (no siempre). La mochila completa pesa 13.50 á 14 kilogramos. No se lleva la manta sobre la mochila. Cada soldado posee, en general, dos mantas, que van en los carros del regimiento. En invierno, aumenta el peso por las botas de paja, los zapatos manchurianos, la túnica de piel de cordero y el saco terrero.

El morral es de lienzo y está dividido en dos compartimientos; en la funda hay un bolsillo. El arreglo de la mochila depende del criterio del jefe del Regimiento; á menudo los soldados se la quitan antes de marchar á la línea de fuego, y el equipo queda reducido á lo más indispensable. La esclavina va arrollada sobre el pecho, pasando sobre el hombro izquierdo. Una gran pieza de tela azul se emplea para envolver los objetos que la tropa desea llevar consigo, y hace las veces de morral; se lleva arrollada, desde el hombro derecho, y en ella se ponen las raciones de reserva para dos días (arroz y galleta) y sesenta cartuchos. Del cinturón penden tres cartucheras.

El oficial japonés lleva una pequeña mochila, sobre la cual se pone la esclavina, y que contiene los artículos necesarios, como una muda de ropa y objetos de tocador.

El equipo de campaña consiste en: la marmita individual; la cantimplora; el bento; la tienda abrigo; los útiles. La marmita individual es de aluminio, de excelente calidad; su capacidad es de 1800 centímetros cúbicos.

bicos; pesa 450.51 gramos, y mide 20 centímetros de profundidad y 15 de ancho. Está cerrada por una cobertera de gancho, y en su interior hay un plato que puede servir para un plato frío. En la superficie interior de la marmita hay dos ligeras depresiones, que la dividen en tres porciones casi iguales: una para el arroz; se echa después agua hasta la segunda señal, y se pone la marmita á la lumbre. La cantimplora también es de aluminio y pesa 170 gramos; no lleva funda; está sostenida por unos tirantes de piel, y se la puede someter á la acción del fuego; esto es muy ventajoso, porque cada soldado puede esterilizar su ración de agua. Su capacidad es de 750 centímetros cúbicos. El vaso es de aluminio, pero muchos soldados lo usan de madera ó de hierro esmaltado.

La tienda abrigo pesa 1.700 gramos. En dos de sus lados hay una serie de anillas de aluminio, cosidas á la tela; y en los otros dos, dos filas de presillas de bramante, de 25 centímetros de largo. En cada ángulo van cosidas anillas de aluminio de 3 centímetros de diámetro, por las cuales se pasan las horquillas de sujeción. La tela es muy ligera y escupe bien el agua.



ALIMENTACIÓN DE LAS TROPAS ALEMANAS

DURANTE LAS MANIOBRAS

Hé aquí la traducción de una instrucción alemana sobre la alimentación de las tropas durante las maniobras:

«Por interés general, se ruega á los habitantes, que con motivo de las maniobras de otoño hayan de atender á la alimentación de las tropas, lean atentamente las reglas que siguen:

1. El soldado que, al servicio de la defensa del país, está sometido á duras fatigas durante las maniobras de otoño, debe recibir, para conservar toda su potencia de acción, una alimentación substancial y bien preparada.

2. El cuidado de proporcionar esa alimentación incumbe á los habitantes, correspondiendo al Estado indemnizarles proporcionalmente. No hay que decir que el cumplimiento de este deber no puede traer aparejado la menor ganancia ó beneficio.

3. Por alimentos substanciales han de entenderse: un régimen de carne suficiente y bien preparado, carne fresca, ó cuando menos, la mitad de carne magra de cerdo. Una carne muy grasa no puede considerarse como alimento suficiente, porque es indigesta y repugna á muchos.

El habitante que tenga conciencia de cumplir lealmente el deber que le incumbe, habrá de procurar que una variación oportuna en los alimentos haga más agradable el régimen alimenticio del soldado, y que, en particular, la carne de cerdo magra sea frecuentemente substituída

por carne fresca. Es indudable que en muchas localidades la carne fresca no constituye el régimen ordinario de los habitantes; pero aun entonces les será fácil procurársela sin grandes dificultades, sea porque los habitantes sacrifiquen en común ganado, ó porque, reunidos en sociedad, efectúen encargos colectivos á mataderos ó abastecedores.

Corresponde á las autoridades locales, sea en el interior de sus demarcaciones, sea reuniéndose á otros municipios, formar tales sociedades que, además de la compra de la carne, podrán extenderse á la preparación de una alimentación sana.

4. El suministro de un pan nutritivo y de buen gusto, sea de harina de centeno, ó de harinas mezcladas de trigo y cebada, y bien cocido, incumbe también á los habitantes. El pan no debe ser ni demasiado tierno ni muy duro.

5. Los demás componentes del régimen, tales como arroz, legumbres secas, legumbres, patatas, etc., han de ser de buena calidad y estar perfectamente preparados. Las hojas de col y las patatas, en particular, que naden en agua sin grasa ó manteca no pueden servir como legumbres ó para sopa.

Para la buena armonía que debe reinar entre el habitante y la tropa, es menester recomendar mucho la buena observancia de las reglas anteriores.

En caso de acantonamiento con alimentación, si se viera que esta es notoriamente insuficiente, las autoridades militares prescindirán de los habitantes y recurrirán á los almacenes.

En el caso particular de alimentación insuficiente por parte del habitante, las autoridades locales y las militares obrarán de concierto para recordar al habitante la observancia de las prescripciones anteriores, y, si es menester, proveer, á expensas de aquél, á la alimentación de las tropas.

La ración á que el soldado tiene derecho y que debe serle suministrada de buena calidad y bien preparada, en caso de desacuerdo con el habitante, se compone:

a 1.000 gramos de pan;

b 250 gramos de carne (peso de la carne fresca) ó 150 gramos de carne de cerdo;

c 125 gramos de arroz ó harina, ó 250 gramos de legumbres secas, ó 1.500 gramos de patatas;

d 25 gramos de sal;

e 15 gramos de café (peso en grano tostado).

Es de esperar que el buen sentido y los buenos sentimientos, muchas veces demostrados, de la población, no darán lugar á ninguna desavenencia en lo relativo á la alimentación de las tropas, y que la buena armonía no cesará de reinar entre el habitante y el soldado».

(De la *Belgique Militaire*)

CARRO DE COMPAÑÍA PARA EL TRANSPORTE DE CARTUCHOS

Se ha adoptado recientemente en Francia un nuevo vehículo de compañía para el transporte de cartuchos. Es de dos ruedas y va arrastrado por dos caballos, los cuales pueden atalajarse en pareja ó el uno detrás del otro, según la naturaleza del camino; en este último caso, el caballo de delante va guiado por uno de los soldados del tren afecto al carro, y el segundo por otro soldado sentado en el carro.

El vehículo puede transportar 16.384 cartuchos en paquetes, sin cajas. Lleva, además, 34 útiles de zapador, y materiales de repuesto.

De los tres carros asignados á cada batallón, el correspondiente á la primera compañía lleva pequeños útiles de trabajo, el de la segunda una caja con 108 cartuchos de melinita, y el de la tercera 48 cebos. Trece hombres por compañía, llamados *zapadores fuera de filas*, reciben una instrucción especial sobre el empleo de explosivos.

Los tres carros del batallón forman una sección á las órdenes de un sargento no montado. Durante el combate, deben avanzar cuanto lo consienta el fuego enemigo, colocándose á la izquierda del batallón, para que puedan ser distribuidos los cartuchos á la tropa. Los carros vacíos no van á reabastecerse á la columna de municiones, sino que aguardan á cubierto la llegada de ésta.

LOS SACOS TERREROS

Tomándolo del *Ruski Invalid*, un periódico francés expone las ventajas de dotar de sacos terreros á la tropa. «Durante el combate en terreno descubierto antes que se forme la línea de tiradores, estos sacos rellenos de tierra sirven de apoyo al fusil y de protección al tirador, protección á menudo ilusoria, pero que da al soldado tranquilidad y calma. Cuando se construyen atrincheramientos, los sacos sirven para reforzar el interior del parapeto; en los terrenos de roca, permiten la construcción de parapetos, imposibles de ejecutar de otro modo; en este caso, claro es que sería menester disponer de más sacos que los que lleva la tropa.

»Los sacos pueden servir además para colmar ciertos obstáculos artificiales, para llevar municiones á la línea de tiradores, para transportar tierra para las obras de fortificación, y, en los campamentos, como almohadas si se los rellena de hierba ó paja.

»Todo esto aconseja que se los incluya en el equipo del soldado de infantería y de artillería á pie; pero antes de adoptar una determinación definitiva, convendrá probar esos sacos en unas maniobras.

»Tal vez la dotación de un saco por hombre sea insuficiente, y, como no es posible aumentar demasiado la carga del soldado, convendrá tener depósitos ó reservas de sacos, en particular si se han de construir obras en terrenos congelados ó de roca. Después de experiencias minuciosas, se podrán determinar las dimensiones mejores de estos sacos, la tela de que se han de confeccionar, su color, el modo de llevarlos, las reglas para su empleo, etc.»